

El Vala introdujo lentamente su mano en las frías aguas del río, por el que manaban cristalinas aguas de color celeste. Sus pensamientos comenzaron a fluir por el sagrado líquido, como la sangre que recorre las arterias de un ser vivo, hasta desembocar en el gran océano exterior. Los ecos de su mensaje atravesaron los profundos laberintos submarinos que se esconden bajo las onduladas olas, hasta llegar a las cavernas de coral donde el viejo señor del mar tiene su milenaria morada.

No pasó mucho tiempo hasta que la respuesta, como un agitado canto de sirena que nace desde el mismo agua, comenzó a subir hacia la luz del reino bendecido.

Después de un tiempo que a cualquier ser mortal le hubiese parecido una eternidad, se levantó el Vala y giró su vista hacia el norte. Contempló la infinita cadena montañosa que recorría las costas occidentales, donde los elfos cantores aún construían sus maravillosos barcos con forma de cisnes.

Al oeste se abría una inmensa llanura, y sobre ésta la colina de Ezellohar, en la que la reina de la tierra plantó los divinos árboles de oro y plata, que regados con las lágrimas de Nienna habían crecido majestuosos, iluminando el mundo con su luz celestial. Su brillo se había apagado ya en la primavera de Arda, y tan solo podía contemplarse al observar a Eärendil, la estrella del alba que flotaba en lo más alto del cielo sobre la oscuridad de las aguas, como un gran espejo de plata que refleja la mórbida luz de la esperanza sobre los corazones de los moradores de Arda, como antaño hicieron Laurelin y Telperion.

Desde el norte, extrañas palabras se le aproximaron por el aire arrastradas a lomos de una gélida brisa, que parecían revolotear hacia él, como pájaros invisibles.

Supo el Vala en cuanto lo oyó, que el mensaje venía de la más elevada de todas las montañas de la Tierra. Ilmarin, lugar donde viven Manwë y Varda, señores y reyes de toda Valinor, en sus ancestrales mansiones de mármol. Los palacios se alzaban sobre las nieves eternas, y sobre estos, la torre blanca de Taniquetil, que se erguía resplandeciente como un faro en el fin del mundo, coronada de estrellas que brillaban como joyas. Desde lo más alto de la torre, el señor de los vientos podía ver todas las tierras de Arda que se extendían a sus pies.

Tras obtener el consentimiento del soberano de toda Valinor, el Vala se puso en camino hacia su propio reino.

Mientras avanzaba a grandes pasos sobre la oscuridad de los bosques, observó lejos al oeste, hacia la Tierra Media. Se alzaba ésta al otro lado del gran océano Belegaer, cubierta por un cielo abovedado y repleto de estrellas. La luna llena resplandecía como un gran ojo sobre un cielo sin nubes. El corazón del Vala palideció un instante al contemplar las oscuras brumas de vapor que se alzaban sobre la tierra madre de los elfos, donde los primeros hijos de Ilúvatar contemplaron las estrellas de Varda por primera vez cuando el mundo era joven. Las negras sombras se erguían desafiantes, como una fortaleza del terror que de nuevo allí habitaba.

Entonces incrementó el paso y pronto llegó a las tierras de Lórien, el gran bosque de Valinor. La llamada tierra de los sueños era el dominio de Irmo, el hacedor de visiones. Allí las almas cansadas y mermadas llegaban frecuentemente para descansar sus penas sobre los jardines dorados de las Tierras Imperecederas, repletos de sauces plateados que exudaban olores somnolientos al anochecer. Bajo el aroma de las flores nocturnas, Irmo usaba el sosegado abrazo de la oscuridad para transportar sus visiones, y sus sigilosos murmullos danzaban en el aire, sobre la oscuridad de la noche.

En esta ocasión y muy a su pesar, el Vala no se detuvo en el más precioso de los reinos para admirar los milenarios árboles que lucen como ancestrales torres en los bosques antiguos y de cuyas ramas, las hojas secas caen en el invierno bailando con extraños giros fantásticos, o las hermosas aguas del lago Lórellin, con gemas luminosas como estrellas en sus profundidades, y en cuyo centro se alza el gran palacio de cristal en el que habitaba su hermano Irmo y su esposa Estë, ambos Valar como él.

Siguió caminando y caminando, atravesando los páramos repletos de nieve, hasta llegar a la orilla occidental de Aman, junto al mar. Allí, sobre los abismos etéreos y distantes, bajaba una escalera de piedra tan antigua que el tiempo la había olvidado. Formaba un camino descendente por el que el viento estelar se precipitaba con una fuerza estremecedora. Bajó el Vala por ella hasta llegar a lo más profundo.

Las olas del mar Ekkaia rompían contra el acantilado, estallando como blanca espuma cuando el Vala entró en la oscura gruta secreta. La luz de las estrellas brillaba en sus ojos, similares estos a océanos de tiempo. De pronto alzó repentinamente sus brazos, y con un atronador rugido, una hendidura comenzó a abrirse en la pared de piedra caliza. Entró así en las cavernas ocultas bajo la tierra, conocidas como las estancias de Mandos, pues él era Námo, señor del inframundo en donde habitaban las almas de todos los seres que habían muerto.

Sujetando una pequeña lámpara cuya llama era similar al fuego pero de color azul purpura, cruzó un largo pasillo de paredes y suelo de piedra, cuya oscuridad era atravesada únicamente por la tenue luz que portaba en sus manos. Avanzó hasta una oscuridad aún más profunda, llegando al fin a la sala de los recuerdos. Era ésta un vasto y grandioso salón, repleto de esplendidos tapices que cubrían todas las paredes, adornándolas con representaciones de los grandes acontecimientos acaecidos en la historia de Arda, obra todos ellos de Vairë, su esposa. Esta diosa era la encargada de tejer el transcurrir del tiempo y ayudaba a Námo a juzgar el destino de las almas. Los tapices mostraban pequeñas historias que parecían cobrar vida al ser observadas, y que formaban, a grandes rasgos, parte de la historia de Arda. El gran canto de los Valar con el que dieron forma al mundo, la creación de las colosales lámparas resplandecientes que cómo dos grandes faros dieron luz al mundo, el oscurecimiento y la destrucción de los fastuosos arboles de Yavanna a manos del Vala oscuro y del terror que lo acompañaba. También del viaje de los Noldor y la ruina de Beleriand, provocada por la guerra de las joyas, la caída del pueblo de Númenor a causa de la gigantesca ola, y por último, la guerra del anillo. Mucho tiempo había pasado ya desde la caída de la sombra, y cinco pequeñas criaturas resplandecían en el tapiz, por sobre todas las otras cosas.

Llegó por último a la sala del juicio, en donde aguardaba su frío trono flanqueado por dos enormes fogones de piedra sobre los que flameaban celestes fuegos, y alrededor, innumerables columnas de mármol negro. En el salón de este templo reinaba la penumbra y los sonidos y los ecos no tenían forma alguna. En sus paredes no existía ninguna puerta y el silencio solo era roto cuando Námo así lo permitía.

Sentóse el Vala en su trono y allí meditó en silencio durante varias horas. Al cabo de este tiempo, sus pensamientos comenzaron a fluir hacia las mazmorras más profundas, para convocar al espíritu de un antiguo huésped.

Tras breve tiempo, apareció de repente el convocado. Había atravesado la pared de piedra, haciendo acto de presencia. El espíritu, aun siendo translucido, tenía la apariencia de un elfo de gran altura y oscuros cabellos tan negros como la noche, y vestía con lujosas ropas de seda de color rojo y negro. En el frontal de su túnica, lucía aún la estrella de ocho puntas rodeada por ocho llamas, antaño el emblema de su casa. Avanzó varios pasos hasta colocarse frente al trono de Námo. Se inclinó levemente e hizo una larga reverencia. Luego se irguió de nuevo y sus brillantes ojos eran como espejos que reflejaban la eternidad. Observó al dios fijamente antes de comenzar a hablar:

—¡Salve, Vala! Largas edades han pasado desde la última vez que mi espíritu fue llamado a comparecer ante ti. ¿Que desea de mí el señor del destino?

—¡Oh, Noldo! En verdad mucho tiempo ha pasado desde que abandonaste tu verdadero hogar, en busca de la venganza. Perseguiste la sombra y encontraste la llama —dijo, y su voz fue tan profunda como los abismos eternos—. Penas y maldiciones fueron consumadas por haberte negado tú a escuchar a los más sabios. La decadencia de tu casa quedó entonces sellada, y muchos reinos cayeron tras la ruina de la guerra. Grande fue la amargura que la tierra media

padeció por causa de tus acciones, pero también es cierto que grandes errores comenten quienes grandes cosas emprenden, y cierto es que muchas de las acciones que acometiste, con el tiempo, desencadenaron la inevitable caída del Vala oscuro, como un río que acaba desembocando en el ancho mar. Así pues, no has sido convocado para someterte a juicio, sino para pedir tu ayuda.

Tras hablar así, Namo observó pensativamente al más grande de los Noldor, cuyas habilidosas manos y prominente intelecto habían sido capaces de concebir gloriosas obras, similares a las de los mismos dioses. El elfo comenzó a hablar, y un suave halo de amargura apareció en su voz:

—En la letanía de mi interminable cautiverio, he sentido cómo la muerte y el tormento abrazaban a cada uno de mis hijos y a muchos otros, por culpa de mi incontrolable fogosidad y la demencia del juramento que yo, insensatamente les forcé a realizar. A lo largo de las edades, la culpabilidad ha mordisqueado mi alma con dientes de acero, y solo los infranqueables muros de esta prisión han evitado que el mundo escuchase mis llantos. Mi antiguo orgullo ya es solo una vieja reliquia que reposa en las ruinas de mi mente, inerte como una polvorienta estatua de piedra que espera a que el mundo llegue a su fin para abrir los ojos de nuevo. Antaño fui el orgulloso rey de los Noldor. Ahora solo soy la sombra de mi grandeza, atrapado en tu morada hasta el fin de los días y ya solo ansío la redención. A pesar de ello, el ardiente fuego que Ilúvatar puso en mí aún no se ha extinguido, por lo que sus designios para conmigo aún no han sido completados. Pide pues, lo que necesites de mí.

El Vala, complacido por las palabras que acababa de oír, se levantó y caminó hacia el elfo hasta colocarse frente a él. Vestía una extensa túnica blanca y su larga y negra barba estaba adornada por pequeñas cuentas de plata. Su tamaño doblaba al del elfo, y su apariencia, aunque similar a los elfos y hombres, era ensalzada por un misterioso halo de divinidad.

—Desde tiempos inmemorables, yo, Namo, he promulgado muchas de las visiones y profecías que han acontecido en la tierra. Durante la última edad, la tierra media ha vivido en relativa paz, y ya pocos recuerdan la caída de Sauron. Los hombres, enanos y los pocos elfos que allí moran, han coexistido en armonía desde hace mucho tiempo. La sangre de Númenor fue restablecida y los Eldar conviven aquí en Valinor, bajo el amparo de los Valar. Pero todas estas cosas están a punto de cambiar, pues la sombra ha regresado. Morgoth, tu antiguo enemigo y azote del mundo entero, se ha librado de la poderosa cadena que lo sujetaba y escapó cruzando las puertas de la noche, del abismo en donde estaba prisionero.

El elfo permaneció impasible al escuchar tales palabras, a pesar del desazón que éstas le produjeron, y su antiguo fuego comenzó a inflamarse de nuevo en lo más profundo de su ser.

—Aún no sabemos cómo —siguió diciendo Namo—, pero parece que ha recuperado todo su poder, y su sirviente Sauron está con él, y también muchas de las viles e inmundas criaturas que le sirvieron en otro tiempo. Se ha establecido en la tierra media, al este de las montañas nubladas, y se alza ahora como un oscuro terror que amenaza con destruir toda Arda. Gondor cayó en un abrir y cerrar de ojos, y pronto lo harán el resto de reinos.

—Y que puedo hacer yo ¡oh, Vala!, prisionero en estas estancias y vacío de forma como un viejo fantasma. Ni siquiera cuando vestía mi hermoso y resistente cuerpo pude yo derrotar a mi enemigo.

—No te inquietes, Noldo. Los Valar ya estamos preparando nuestro ejército. Restauraremos el poder antiguo y haremos regresar a los grandes héroes del pasado. Valar, elfos y hombres, iremos a enfrentarle como antaño hicimos.

—Pero yo no puedo...

—Y no lo harás. En su momento se decretó que no has de volver hasta que el mundo cambie, y así será. Cuando llegue ese momento, tus grandes obras serán recuperadas y tú darás lo que entonces negaste, y tus joyas serán rotas y así restableceremos la divina luz de los árboles. Nuestra gran calamidad, es que jamás pudimos destruir el espíritu de Morgoth y tampoco podremos hacerlo en esta ocasión. Su fuerza vital está demasiado unida a este mundo

y no podemos destruirlo a menos que acabemos con toda Arda. Lo que te pido es de vital importancia, mucho más que participar en la gran batalla que acontecerá.

Námo volvió a tomar asiento en su trono, y meditó prolongadamente antes de volver a hablar.

—En otro tiempo contemplé lo que tus hábiles manos y tu iluminada mente eran capaces de hacer. Lo que deseo es que concibas algo que pueda acabar con el señor oscuro para siempre. Sé de la gracia que Ilúvatar puso en ti, y ahora también sé para qué.

El elfo cerró profundamente sus ojos, y durante largo tiempo recordó...

—Cuatro edades son mucho tiempo para meditar —dijo al fin—, y lo que tú pides yo ya lo he concebido en mi mente tiempo atrás. Sé lo que debo hacer. Y cuando lo haga, mi obra será portada por aquel al que más ultrajé y a quien más le debo.

Námo comprendió y asintió con la cabeza.

—También necesitaré ciertos privilegios que a ninguna otra alma en pena se le han concedido en este reino.

El Vala volvió a asentir y sonrió, justo antes de desaparecer repentinamente.

En las cavidades rocosas más profundas de Mandos, la luz del fuego de las fraguas resplandecía sin cesar, mitigando y manteniendo a raya la densa oscuridad reinante.

Durante largo tiempo, las habilidosas manos de Fëanor trabajaron incansables. Sus fuertes brazos golpeaban incesantemente el hierro, y su cuerpo se estremecía de puro placer al recordar los días antiguos. Sus oscuros ojos brillaban como rayos de luz, y su intensa pasión evocaba los tiempos en los que había construido las grandes joyas, los Silmarils, y atrapado la luz de los dos árboles en su interior. Los golpes del martillo resonaban como truenos descargados con la sed de la venganza, y sus ecos eran escuchados por todos los espíritus que habitaban en las gigantescas e intemporales estancias. Los fundidores mezclaban el mineral de hierro con el diamante, y los humos y vapores del metal recién fundido eran ventilados misteriosamente desde abajo. Cuando el color púrpura del hierro candente tornó en rojo oscuro, Fëanor comenzó a aplicar las artes místicas. Al terminar su obra la observó con satisfacción, y una intensa risa escapó de su boca, pues supo que la ruina de Morgoth estaba cerca.

La gran puerta se abrió y un elfo hizo su aparición en los salones superiores de Mandos. Era alto, de largos cabellos recogidos con una diadema plateada, y vestía con un traje de seda de color azul y blanco. Avanzó caminando por la sala repleta de columnas mientras sus pisadas resonaban suavemente contra el pulido suelo de mármol. La sala estaba vacía y una imponente estatua tallada en piedra que representaba al dios Námo pareció darle una silenciosa bienvenida. Tras las sombras del fondo surgió otro elfo, de cabellos aún más oscuros y que parecía haber estado esperándole. Caminó hasta que ambos se hallaron frente a frente. Largo tiempo se observaron los dos hermanos cara a cara, pareciendo hablar con los ojos en vez de con las palabras.

Al fin, Fëanor rompió su porte de concentración y desenvainó su espada, alzándola hacia arriba. La hoja, larga y terrible, centelleó con un fulgor plateado al separarse de su vaina. La empuñadura, de oro puro, brillaba como el sol y los brazos transversales de su cruz tenían la forma de cabezas de dragón. Su inquebrantable hoja brillaba como el fuego. A continuación la sujetó hacia delante con ambas manos, ofreciéndosela a Fingolfin.

—Toma, medio hermano —dijo—. La he hecho para ti. Es el símbolo de mi arrepentimiento, por todos los agravios que cometí hacia ti y tantos otros. Con ella tendrás la posibilidad de acabar con el Señor Oscuro.

—Largo tiempo te maldije —comenzó a decir Fingolfin—, a causa de las consecuencias de tu presuroso viaje a la tierra media, en el que quemaste los grandes barcos que habrían de recogernos a mí y a los míos. Larga y penosa fue la travesía que, apurados por el miedo y la incertidumbre, emprendimos a través de las extensas llanuras de hielo crujiente del Helcaraxë. Pero de eso hace ya mucho tiempo, y yo mismo sufrí en mis inmortales carnes la desesperación y la locura que el señor oscuro puede producir en el corazón de todos los seres, cuando hostigado por la furia que me produjo el presenciar la muerte y el tormento de mis hermanos, me precipité a enfrentarme a él, en combate singular. Ese día, bajo la torre de hierro, mi corazón pereció, y mis penas con él. Pero ahora, después de tantas crueles batallas, sé bien lo que es la verdadera maldad, y mi perdón está contigo.

Cogió entonces Fingolfin la espada, sujetándola con una sola mano. Era en verdad muy pesada, pero no para el poderoso brazo del antiguo rey de los Noldor.

—Esta vez, hermano, no hará falta que le inflijas siete heridas. Bastará solo con una. Clava esta espada en el oscuro corazón de Morgoth, lo más profundo que puedas. La hoja absorberá su alma y ésta quedará atrapada dentro, al igual que la luz de los árboles quedó atrapada dentro de mis Silmarils, y poco a poco se irá consumiendo, hasta desaparecer para siempre. De esta forma, estaremos juntos esta vez en la batalla, como siempre debió ser.

Tras hablar así Fëanor, los hijos de Finwë se miraron por última vez, y por vez primera, en sus ojos se vio reflejada la amistad.